

# ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA RELACIÓN ENTRE TEMA Y ESTRUCTURA EN *LA DE BRINGAS*

Carlos Cervelló

Sabido es que uno de los temas que Galdós trató con especial atención en su novelística es la crítica a una sociedad obsesionada por las apariencias y que, por tanto, gusta de mostrar en público una imagen y una personalidad que en nada, o casi nada, corresponde con su imagen y personalidad privadas. En *La de Bringas*, esta crítica resulta especialmente relevante, no sólo como dinamizadora de la acción de la novela, sino que se erige como un método muy válido para la caracterización de los personajes. El propósito de estas breves notas es el de analizar el comportamiento, en función de este «juego de apariencias» de dos de los principales personajes de la novela: Rosalía Bringas y don Manuel Pez<sup>1</sup>.

En efecto, la mayor parte de la novela<sup>2</sup> tiene como eje vertebrador la relación entre Pez y Rosalía. A partir de esta relación, Galdós nos ofrece la caracterización de dos personalidades interesantísimas, si bien es innegable el protagonismo principal de Rosalía. La novela presenta una construcción muy precisa, basada en un juego de contrastes y paralelismos de innegable efecto. Sería demasiado extenso para el propósito que nos ocupa desarrollar en su totalidad este aspecto, pero sí intentaremos mostrar uno de estos paralelismos en relación con el tema central de la novela: la crítica a las apariencias.

Tal como hemos indicado, vemos cómo en la novela se articulan dos planos bien diferenciados: el plano de lo que podríamos llamar lo «público» y el plano de lo «privado». Ambos espacios, aunque van a presentar comportamientos distintos, se estructuran de forma muy parecida. Veámoslo: En el plano de lo público, tendríamos, evidentemente, la socie-

<sup>1</sup> A propósito de la figura de Pez, algunos críticos, como B. A. ALDARACA, no han visto en él un personaje especialmente importante. Creemos, sin embargo, que sí lo es, y en especial en la novela que nos ocupa, como trataremos de demostrar.

<sup>2</sup> Recordemos el principio de la novela, donde descubrimos a don Francisco elaborando un «delicado obsequio» para los Pez, y que el «idilio» entre Rosalía y don Manuel se puede dar por terminado en el capítulo XLIV, cuando Pez responde negativamente a una petición de dinero de Rosalía.

dad madrileña de la época. Una sociedad en la que Pez y Rosalía ocupan lugares distintos, pero que los engloba a los dos, precisamente porque, gracias a las apariencias, se logra «ser» lo que no se es. Y este hecho no sólo afecta a Rosalía, Galdós se apresta a dejar claro para el lector que el rasgo de la de Bringas es algo corriente entre la pequeña burguesía madrileña. Recordemos en este sentido, al principio de la novela, el episodio en el que aparece la viuda de García Grande: Cuando los Bringas se instalan en Palacio, el propio Galdós y don Manuel Pez van a visitarlos. Por el laberinto palaciego se encuentran con la Viuda de García Grande. Ellos se alegran del encuentro porque iban perdidos, pero nos dice el narrador que «ella, por el contrario, parecióme sorprendida desagradablemente, como persona que no quiere ser vista en lugares *impropios de su jerarquía*»<sup>3</sup>. Sigue a esto una serie de lamentaciones por parte de la viuda sobre su situación actual, que para ella es provisional hasta que no se verifiquen una serie de cambios. Galdós, se «traga» todo cuanto la señora le dice, y llega a creerse que «estaba hablando con el más próximo pariente de su majestad». En cambio, don Manuel, «demasiado sabía con quién hablaba y el caso que debía hacer de aquellas cacareadas grandezas»<sup>4</sup>.

Evidentemente, los dos personajes que aquí se estudian, también están sometidos a estos condicionamientos sociales. No hay que pensar sino que, aunque el lazo de unión entre las dos familias es, en principio, el de la amistad y así nos lo cuenta Galdós en la novela que inicia el «Ciclo»<sup>5</sup>. *Tormento*, ya en esta primera novela, es el mismo narrador el que va a empezar a dar al lector una serie de elementos que van a hacerle dudar de esta primera afirmación. En efecto, pronto vamos a descubrir en la ambiciosa Rosalía estas ansias por aparentar, por figurar socialmente a las que aludíamos más arriba. Evidentemente, el tacaño de su marido, don Francisco, y su misma posición social, no le permitiría ver cumplidas sus aspiraciones. Es en este momento cuando aparece la figura de Pez. Así leemos en *Tormento* que la de Bringas sólo podía ir al teatro cuando

«el señor de Pez o cualquier otro empleado pisciforme les cedía el palqueto principal»<sup>6</sup>.

Observamos aquí un lazo de unión entre las dos familias que acaso resulte, y así lo sugiere Galdós, más fuerte que el de la amistad: el lazo de la necesidad. Y no una necesidad fruto de la más elemental de las

<sup>3</sup> Pág. 1579 de la edición de las *Obras Completas* de Ed. Aguilar, Valencia, 1964. (A partir de ahora sólo citaré el número de página).

<sup>4</sup> Pág. 1580

<sup>5</sup> Ya CLARÍN hace referencia a esta serie que se inicia con *El doctor Centeno* en su crítica a *Tormento*. Ver Leopoldo ALAS, *Galdós novelista*, ed. de A. Sotelo Vázquez, PPU, Barcelona, 1991.

<sup>6</sup> Pág. 1474.

supervivencias, se trata de la necesidad de aparentar, de mostrarse ante los demás como lo que se quisiera ser, no como lo que se es realmente. Encontramos aquí de nuevo uno de los motivos de esta situación: la generosidad de algunos que sí pueden permitirse estos lujos a cambio de un poco de adulación y comprensión. Así, Thiers siente una profunda admiración por el «personaje» de don Manuel más que por la persona en sí misma (que no llega a conocer nunca, y de ahí los sucesos que ocurrirán posteriormente). Don Francisco admira su posición, su generosidad para con los menos afortunados y don Manuel recibe de éste toda la adulación y el respeto que su vanidad necesita. En otro momento, el personaje narrador describe a don Manuel como:

«el arreglador de todas las cosas, el recomendador sempiterno, el hombre de los volantitos y de las noticias...»

Pez es visto casi como un dios por los que ocupan un segundo término en el escalafón social, pero Galdós no acaba aquí su desenmascaramiento de esta sociedad. Este dios, este hombre venerable que es don Manuel para el bueno de Thiers, resulta que también participa de este juego de las apariencias. En efecto, una de las cosas que valora más Rosalía de Pez es que el funcionario de Hacienda es capaz de vivir con cincuenta mil reales de sueldo «con la apariencia de doce mil duros de renta y paga veinticuatro mil reales de casa» y, todo esto, gracias a que Pez, aunque tenga deudas, «sabe agenciarse y sacar partido de su posición»<sup>8</sup>. Más adelante, Pez se disculpará por no poder ayudar a Rosalía a pagar su deuda porque, según el propio don Manuel, el viaje al Norte le ha dejado «arruinado» y Refugio dirá de él a Rosalía:

«Bien podría el señor de Pez librarla a usted de estas crujiás<sup>9</sup>... Pero no siempre se le coge con dinero. Tronadillo anda el pobre ahora.»

En este contexto, los distintos integrantes de la sociedad buscarán fórmulas para ir alimentando este prestigio, al margen de la situación real por la que estén pasando. Es en este sentido en el que cobra especial importancia un elemento típico de esta sociedad: las tertulias. A través de la conversación en los salones de alguna casa «principal», los personajes tendrán ocasión para mostrar sus «aptitudes» sociales y la legitimidad de pertenecer a una clase «diferente» de personas. En este apartado, brilla especialmente Pez, que, con sus «huecas palabras sin sentido», llena las habitaciones de la casa de los Bringas de vagos conceptos y redundancias. El lector entenderá así que la formación de determinadas tertulias en los salones de las casas «principales» nace en parte, precisamente, esa misma necesidad de aparentar a la que estamos refiriendo-

<sup>7</sup> Pág. 1581.

<sup>8</sup> Pág. 1602.

<sup>9</sup> Pág. 1664.

nos. No cabe, y de la lectura de la novela así se desprende, una interpretación distinta en la que, por ejemplo, se podría señalar la amistad o la valía personal de uno mismo como elemento a considerar para formar parte de una tertulia. Por tanto, las tertulias se inscriben en este espacio de la necesidad de aparentar y cumplen con el propósito de dotar a sus participantes de un «halo» de respetabilidad y buena posición del que les resulta imposible disfrutar en su vida privada, llena de estrecheces y engaños.

Siguiendo en esta línea, en *La de Bringas*, uno de los elementos constitutivos de la tertulia va a ser el poder expresar opiniones, ya sea sobre los acontecimientos políticos del momento (especialmente delicados para los integrantes de las clases «favorecidas») o sobre cualquier otro asunto que despierte el interés del personal. No es casual esta importancia de la «opinión» en relación al tema que nos ocupa. Si en un principio cabría considerar la opinión como uno de los rasgos constitutivos de la personalidad y, por tanto, de la intimidad de cada uno, vemos que en la novela también la opinión está sujeta a la misma hipocresía con que cada uno cacarea de su posición social. Y no sólo en el ámbito de las tertulias. En este sentido, la figura de Pez destaca por encima de las demás. Don Manuel opina de todo y de todo entiende. Así lo intenta demostrar a los que le oyen aunque el lector siempre se queda con la idea de que el verdadero Pez no aparece nunca en las opiniones que expresa. Recordemos de nuevo el momento en que, deambulando Pez y el narrador por los infinitos corredores de las dependencias palaciegas en busca del nuevo hogar de los Bringas, perdidos y desorientados, don Manuel no deja de mostrar sus nociones geográficas que «había adquirido en los libritos de Julio Verne», y suelta «parrafadas» como la que sigue:

«Estamos en el ala de la plaza de Oriente, es a saber, en el hemisferio opuesto al que habita nuestro amigo (...) Propongámonos trasladarnos al ala de Poniente, para lo cual nos ofrece seguro medio de orientación la cúpula de la capilla y los techos de la escalera. Una vez posesionados del cuerpo de Occidente, hemos de ser tontos si no damos con la casa de Bringas»<sup>10</sup>.

Casi resulta innecesario decir que, evidentemente, no encuentran la casa de los Bringas por sí solos, con lo que el guiño irónico del narrador no puede ser más revelador de la verdadera dimensión interior del personaje, más allá de su «énfasis» externo.

Aunque, como hemos dicho, donde más resalta la hipocresía de don Manuel es cuando expone sus teorías en las tertullas. *La de Bringas* nos ofrece muchos ejemplos de ello y baste recordar a Pez decantándose vivamente por la «moral pura» y la «rectitud inflexible», aspectos que causan la admiración de sus contertulios, pero que el lector no puede mirar

<sup>10</sup> Pág. 1579.

sin evitar una sonrisa de complicidad, por cuanto conoce cuál es el verdadero estado de la moralidad del personaje.

Este esquema que hemos seguido para el aspecto «público» de los personajes (sociedad-tertulia-opinión), sirve también para el mundo de lo privado, aunque, evidentemente, con la oportuna aplicación. En efecto, el mundo privado es el mundo de la familia, tanto en el caso de Rosalía como en el de don Manuel. Ambos personajes van a expresar una opinión parecida respecto a su situación familiar, y Galdós traza para ello una interesantísima simetría entre las opiniones que tienen de sus respectivos cónyuges <sup>11</sup>. Recordemos únicamente en este sentido que, según Pez, el principal motivo de su infelicidad no es otro sino que a su mujer le ha cogido la «monomanía» religiosa. Así, Carolina piensa de su marido que:

«era un ateo enmascarado, un herejote, un racionalista, pues se contentaba con ir a misa sólo los domingos casi desde la puerta, charlando de política con don Francisco Cucúrbitas. (...) Sus devociones habían sido puramente decorativas, como llevar hacha en una procesión o sentarse en los bancos de preferidos cuando se consagraba un obispo...» <sup>12</sup>.

Aunque la visión que el lector tiene de Carolina viene matizada por la óptica de Pez, no deja de ser relevante el hecho de que el principal reproche que se le hace es, precisamente, que, en asuntos religiosos, sólo está preocupado en guardar las apariencias, en cumplir lo que socialmente se considera correcto, sin entrar en una dimensión más profunda.

Doble plano, pues, entre lo que viven en el seno de sus respectivas familias, es decir, lo que «públicamente» se considera respecto a estos respetables matrimonios, y lo que realmente sienten en su interior, cosa que el lector, muchas veces, tiene que intuir entre líneas.

El espacio de la tertulia viene aquí ocupado por el de la conversación personal, de «tu a tu», lo que favorece el carácter «íntimo» de lo que se dice. Pez y Rosalía mantienen varias a lo largo de la novela, y son elemento fundamental para conocer mejor la naturaleza de la personalidad de nuestros protagonistas. Apuntemos que nos encontraremos aquí con una conversación que tampoco será sincera, que tiende a un fin que, muchas veces, sólo se manifiesta en el interior de cada personaje.

Este es el caso de las conversaciones entre Rosalía y don Francisco. Ante su marido, ella disimula en lo que puede su admiración por Pez:

«¡Ay hijito! Yo creí que nuestro amigo Pez no acababa esta noche de contarme sus trapisondas domésticas. De veras, le tengo lástima... Pero ¡qué

<sup>11</sup> Simetría que no sólo se basa en la opinión que tienen de cada uno de sus cónyuges, del todo negativa, y que en general se basa en que les niegan la libertad (l'hiens por el lado económico y Carolina por el religioso), sino que también coincide en que si en lugar de los que tienen, tuviesen como parejas a alguien como Rosalía o don Manuel, las cosas les irían mucho mejor.

<sup>12</sup> Pág. 1595

mareo de hombre y qué organillo de lamentaciones! Carolina no tiene perdón de Dios.»<sup>13</sup>

A pesar de las palabras de Rosalía, Galdós previamente ya ha advertido al lector diciendo que la mujer de don Francisco «mostrábase disgustada de cosas que, en realidad, le producían más agrado que pena».

De todas formas, el lector tiene la posibilidad de constatar directamente este comportamiento cuando, tras el reestablecimiento de don Francisco, Rosalía vuelve a quejarse a su marido por el hecho de tener que «aguantar» la conversación de Pez. En este último caso el efecto que persigue Rosalía vuelve a tener éxito ante la ingenuidad de don Francisco:

«(...) el don Manuel era capaz de dar jaqueca al gallo de la Pasión con la cantinela de sus lamentaciones. Ya eran tantas sus calamidades, que Job se quedaba tamaño.

(...) Es preciso (*contesta don Francisco*) oír con paciencia todo lo que Pez nos quiera contar porque... ya ves lo que dice. Somos su paño de lágrimas, y aquí viene el pobre a desahogar sus penas»<sup>14</sup>.

El contraste entre las apariencias y los verdaderos sentimientos de Rosalía queda de manifiesto cuando, minutos después, ya sola en su habitación, da rienda suelta a sus pensamientos. A propósito de Pez, los términos con los que se refiere a él no pueden ser más elogiosos:

«¡Oh, qué hombre tan extraordinario y fascinador! ¡Qué elevación de miras, qué superioridad! (...) ¡Y qué finura y distinción de modales, qué generosidad caballeresca! Si se encontrase en algún aprieto seguro que acudiría a él»<sup>15</sup>.

Rosalía «se engaña» a sí misma viendo en Pez el hombre que no es, y cuando el lazo de unión que mantiene viva esa ilusión, el interés económico, se desvanezca, así lo hará también su consideración por el personaje.

Aunque no de forma tan clara, Rosalía también mantiene esta doble perspectiva ante don Manuel. En el fondo, ella no ama a Pez. Como dice R. Gullón, Rosalía «es incapaz de amar»<sup>16</sup>. Su pasión, en todo caso, se aviva ante la posibilidad de que su «amistad» con el funcionario de Hacienda le reporte una mejoría en su situación económica. A lo largo de la novela, cuando Rosalía piensa en don Manuel, lo hace siempre relacionándolo con el próximo vencimiento de una de sus deudas. Incluso antes de que la relación con don Manuel se intensificara, Rosalía veía los favores de Pez con la familia de muy distinta forma a como lo hacía don Francisco:

<sup>13</sup> Pág. 1597

<sup>14</sup> Pág. 1626

<sup>15</sup> Pág. 1627

<sup>16</sup> R. GULLÓN, *Galdós, novelista moderno*, Ed Taurus, Madrid, 1907, pág. 253.

«Aunque en el engreído meollo de doña Rosalía de Bringas se había incrustado la idea de que la credencial aquella no era favor, sino el cumplimiento de un deber de Estado. (...) estaba agradecidísima a la diligencia con que Pez hizo entender y cumplir a la patria sus obligaciones»<sup>17</sup>.

Por tanto, en las conversaciones con don Manuel, Rosalía mantendrá siempre cierta ambigüedad, con la que jugará tratando, en un primer momento, de que esta amistad y su honradez, como ella dice, «no sean incompatibles».

Pero también don Manuel se mostrará igual de «falso» en sus conversaciones «amorosas» con Rosalía. Ante las crecientes dificultades económicas de los Bringas, Rosalía decide confiar a Pez sus preocupaciones. Éste, que ve en ello el pronto cumplimiento de sus deseos más secretos, contesta «con un arranque quijotesco, ofreciéndose a ayudarla en todas aquellas dificultades, de cualquier clase que fuesen»<sup>18</sup>. El avispa Pez intuye cuál es la situación real de Rosalía y se erige ante sus ojos como la única persona que puede sacarla del bache en que se encuentra.

Lo importante para Pez no es el hecho de que él le deje dinero o no (aunque sea a cambio de ciertos favores), lo importante es que se mantenga en secreto para que la dignidad de ambos, es decir, su imagen pública, no se vea alterada:

«En el seno de la confianza, de la amistad honrada y pura, yo puedo ofrecer lo que me sobra, y usted aceptar lo que la falta sin menoscabo de la dignidad de ninguno de los dos»<sup>19</sup>.

Rosalía, como un avance de lo que será su vida en el futuro, ve con desolación cómo Pez la ha utilizado como antes, posiblemente, ha utilizado a otras, como, en definitiva, ha sido engañada por un hombre para el que la moral y el orden en lo social nada tienen que ver con la moral y el orden en lo privado. Al lector le da la sensación, sobre todo una vez ya conoce el desenlace, que todo en Pez no es más que una estrategia, sabiamente elaborada, para captar el interés de Rosalía. No hay sinceridad, y, como en el caso de Rosalía, tampoco hay amor. Una vez conseguido su objetivo, lo abandona sin el menor escrúpulo. Aquella amistad que tanto idolatraba Pez se ha quedado en nada.

Finalmente, en la novela, el apartado de la «opinión» al que hacíamos referencia en el primer bloque se sustituye aquí por el mundo de los sentimientos. Al igual que ocurría en la dimensión de lo público con la relación tertulias-opinión, lo mismo pasa aquí con la relación conversación-sentimientos. Una sirve de plataforma a la otra. Ya hemos comentado que los sentimientos no se expresan con sinceridad, sino ocultos, la

<sup>17</sup> Pág. 1574.

<sup>18</sup> Pág. 1633.

<sup>19</sup> Pág. 1633.

mayoría de las ocasiones, por los más bajos intereses, como se demuestra al final, cuando todo queda un poco al descubierto. Sirva como una muestra la relación que mantienen don Manuel y don Francisco. Entre ellos parece que exista una auténtica amistad, y sin duda algo de eso hay, pero más fruto del tiempo que de unos auténticos sentimientos. Ya hemos hecho referencia antes a que don Manuel critica delante de Rosalía a Thiers por cómo la trata. Pero Galdós también nos coloca ejemplos para que el lector vea que, realmente, la amistad entre Pez y Bringas no es tal y como «aparenta». Así, con motivo de que Thiers le muestre a su amigo el célebre obsequio, recuerdo de su difunta hija. Pez piensa:

«Vaya mamarrachada... Es como salida de esa cabeza de corcho. Sólo tú, grandísimo tonto, haces tales esperpentos, y sólo a mi mujer le gustan... Sois el uno para el otro»<sup>20</sup>.

Galdós ha sabido tejer, con magistral perfección, todo un juego de relaciones entre los distintos personajes que ponen de manifiesto de forma evidente una situación que estaba viviendo la sociedad de esa época: el culto a las apariencias. En estas breves líneas hemos tratado de demostrar que la estructura de la novela se articula perfectamente para poner al descubierto las «interioridades» de esta misma sociedad que tan bien había sabido guardar. Los personajes, a pesar de sus esfuerzos por aparentar socialmente lo que no son, quedan al descubierto a los ojos del lector que, sabiamente conducido por el narrador, puede constatar cuál es la auténtica realidad en la que viven, sin máscaras, sin engaños.

<sup>20</sup> Pág. 1602.